

LA DISCUSION

DIARIO POLITICO, COMERCIAL Y LITERARIO

REDACCIÓNES—ANTONIO DE LAS CARRERAS—JOSE VAZQUEZ SAGASTUMI—EDITOR Y DIRECTOR—PEDRO ZAPITHIA.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION.

La suscripción de este Diario vale Dos Pesos Fuertes al mes.
Cada número suelto Un Real Fuerte.
Toda correspondencia de interés general se publicará gratis.
No se admite ninguna Suscripción que envuelva personalidad o ataque la moral pública.

AVISOS.

Se reciben en la Imprenta del Diario, calle de Buenos Aires N.º 201, y en la Librería Argentina de D. Gregorio Ibarra, calle de las Cámaras N.º 92 hasta las cuatro de la tarde.

ADMINISTRACION GENERAL DE CORREOS.

SALIDAS Y LLEGADAS.

Desde el 15 del presente Octubre se erraron las Salidas para los Corrosos del Interior de la República, en los días siguientes.

Para Santa Lucía, San José, Dolores, Soriano, Mercedes, Fray Bentos, los días 2, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 5, 9, 15, 19, 25, y 29.

Para Santa Lucía, San José, Rosario, Colonia, Garibaldi, Nueva Palmira, Piedras, Canelones, Florida, Durazno, Porongos, Tacuarembó, y Minas los días 1, 11, 19, y 27; y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Cerro Largo, Artigas, Pando, Maldonado, San Carlos y Rocha, los días 1, 9, 11, 19, 21 y penúltimo de cada mes, y llegarán el primero, 6, 11, 16, 21 y 26.

Para Treinta y Tres, los 1, 11, 19, y penúltimo de cada mes, y llegarán el primero, 11, 16 y 26.

Se previene al público que las salidas serán cerradas precisamente a las 5 de la tarde en los días indicados desde el 1.º de octubre hasta el 30 de marzo siguiente.

Después de estas horas las cartas que se hechen en el buzón de la administración general, quedarán detenidas hasta el próximo correo.

Montevideo, octubre 12 de 1861.

Prudencio Echegaray

MENSAGERIA ORIENTAL.

N.º MONTEVIDEO, CALLE DEL

URUGUAY N.º 25.

FECHAS DE SALIDAS Y ENTRADAS A ESTA

capital de todas las Diligencias del interior de la República, con sus salidas de cada uno de los pueblos de partida.

Para Canelones.

Con escala en LA PLATA, salen de esta capital los días 1, 7, 10, 11, 17, 22, 25, 27, y 30; y llegarán los días 3, 10, 13, 18, 20, 23, 26, 28, y 31.

Para Santa Lucía.

Con escala en LA PLATA, salen de esta capital los días 1, 7, 10, 11, 17, 22, 25, 27, y 30; y llegarán los días 3, 10, 13, 18, 20, 23, 26, 28, y 31.

Para San José.

Con escala en LA PLATA, salen de esta capital los días 1, 7, 10, 11, 17, 22, 25, 27, y 30; y llegarán los días 3, 10, 13, 18, 20, 23, 26, 28, y 31.

Para Colonia.

Con escala en LA PLATA, salen de esta capital los días 1, 7, 10, 11, 17, 22, 25, 27, y 30; y llegarán los días 3, 10, 13, 18, 20, 23, 26, 28, y 31.

Para Porongos.

Con escala en LA PLATA, salen de esta capital los días 1, 7, 10, 11, 17, 22, 25, 27, y 30; y llegarán los días 3, 10, 13, 18, 20, 23, 26, 28, y 31.

Para Mercedes y Fray Bentos.

Con escala en LA PLATA, salen de esta capital los días 1, 7, 10, 11, 17, 22, 25, 27, y 30; y llegarán los días 3, 10, 13, 18, 20, 23, 26, 28, y 31.

Para Maldonado.

Con escala en LA PLATA, salen de esta capital los días 1, 7, 10, 11, 17, 22, 25, 27, y 30; y llegarán los días 3, 10, 13, 18, 20, 23, 26, 28, y 31.

FOLLETIN.

ANTONINA

LOS ANGELES DE LA TIERRA.

Por ALEJANDRO DUMAS (Hijo.)

—O—

Capítulo XV.

toy dichosa; con muy poco tendré cuanto necesito. En este reducido aposento soy tu amada, en otro donde gastarás mucho dinero no sería más que una manceba. Ven a verme a menudo, es todo lo que te pido, y déjame la pequeña vanidad de decirme que no soy tuya por interés.

Gustavo había comprendido los escrúpulos de Nicheta y los había respetado, pues lo probaban que su querida tenía un corazón capaz de todos los buenos sentimientos. No había insistido; pero se había propuesto que desde el día en que lo dijera lo que acabamos de referir fuese, en la medida de sus gustos y necesidades, la mujer más dichosa de París, y en efecto lo era.

Si la hubiera visto por la mañana des-

la vida, acaban de morir de un modo terrible a la casa real de Portugal. Las pasiones y los intereses pueden dividirse; ante el trastorno de la fortuna de un indigente, por un reves político sufrido por otros pueblos podemos permanecer impasibles, tal vez mostrarnos satisfechos cuando vemos en esa desgracia un triunfo, o cuando creemos que nuestra prudencia nos ha salvado de los peligros en que otro han naufragado; pero cuando se trata de uno de esos infortunios que incensablemente visitan el hogar doméstico y que no hay poder ni término sobre la tierra que puedan conjurarlos, entonces sentimos una compasión sincera, un dolor íntimo y tanto más vivo cuanto que el nos recuerda lo que hemos sufrido ayer y nos horroriza con la idea de lo que padeceremos mañana.

Entre todos aquellos, que con sus hijos están ligados en fuertes lazos al destino, no habrá uno que no hubiera deseado llevar un testimonio de su dolor al Rey Fernando, hasta el padre que después de haber pagado tan fuertes tributos a la mala o adversa fortuna, acaba de verse arrebatado dos hijos en cinco días.

Muy pocos son los que han apreciado como merecían serlo las cualidades que poseía el príncipe; no eran comunes en los hombres y era tanto más notable cuanto que hacía pruebas de ellas en una posición brillante en apariencia por que con frecuencia era difícil e ingrata; todavía hoy el mundo no hace justicia a su carácter franco y enérgico, a su buen sentido y a su modestia que nunca abandonó en las vicisitudes de su carrera; al creer que pueda haber duda sobre las grandes cualidades del príncipe, podemos asegurar que todos han compartido los dolores paternales.

En Europa, la emoción ha sido general: en Portugal donde cada individuo ha sentido tocado de mas cerca el sentimiento estallado con una vivacidad asombrosa aun en aquellas personas que tienen esas naturalezas meridionales.

No es solamente un duelo, es una verdadera catástrofe pública y como llega generalmente cuando la multitud se ve amenazada por golpes inesperados se cree bajo la influencia de aquel flagelo y ha querido buscar la causa de la muerte del joven rey y de su hermano en la trama de complots imposibles. Ya eran los obreros españoles empleados en gran número en la construcción de los ferro-carriles, los que por sus trabajos, por sus sentimientos. ¿A dónde iba Nicheta? No lo sabía.

Lo que había de cierto para ella era que Gustavo tenía un corazón noble que la amaba a mas no poder, y no veía más allá de esto. Para ella el porvenir era la hora en que Gustavo debía ir a visitarla.

Nicheta no tenía padre, madre ni familia. Habían muerto siendo ella aprendiz, y la modista en cuya casa trabajaba la elevó muy pronto a la posición de primera oficial, sin permitir que se marchara de su establecimiento.

Sin embargo, un día quiso Nicheta ser libre, alquiló un cuartito y desde aquel momento no se la había visto sola en el teatro.

A basearse bien, se habría encontrado fácilmente en algún café del cartel Latino a algún estudiante que habría podido dar noticias exactas de la vida de Nicheta en aquella época, pero olvidaba el pasado, o a lo menos hacía todo lo posible por olvidarlo desde que amaba a Gustavo, y no tenía ella la culpa de que Daumont no la hubiese encontrado mucho tiempo antes.

Por otra parte, nuestro joven nunca le había pedido cuenta de lo que había he-

malefeto quizás habían envenenado el aire que los príncipes respiraban. Rumores absurdos, quimeras de imaginaciones desconsoladas pero que muestran, cuán profundo ha sido el efecto promovido sobre el corazón de toda la nación por la pérdida que acaba de sufrir.

Es aquí la oportunidad de admirarlo porque el rey D. Pedro ha sido seguro, estimado, muy digno de todos los testimonios de cariño que se han prodigado a su memoria; pero cuando se piensa en la edad en que la muerte lo arrebató, cuando se dice que la época no fué señalada por ningún acontecimiento de aquellos que cantaban las imaginaciones populares, cuando en fin se ha conocido el poco gusto que tenía por la ostentación, su inclinación por el retiro y que favorecían, no justificando sino demasiado todos los pesares que ha llevado, se encuentra una verdadera pena en presentar, salvo cuando apareció la fiebre amarilla en Lisboa, las ocasiones en que se había formado entre el pueblo y el rey todo ese tesoro de simpatías recíprocas que se acaban de manifestar con tanta fuerza y sensibilidad.

S. M. F. el rey de Portugal y Algarves, D. Pedro V., era como se sabi-jo de la Reina. Da. Maria II de Gloria y del Duque de Saxe-Cobourg. Fernando el mayor de ocho niños reducidos hoy solamente a cinco, y como todos primogénitos de la casa de Braganza debía, también él, morir antes de haber llegado a los límites ordinarios de la vida humana. Son muy pocos de ellos los que han reinado, y los que han subido al trono lo han hecho casi de paso.

Nació el 16 de Setiembre de 1837, el Rey D. Pedro, tenía diez y seis años cuando por la muerte de la Reina su madre, fué llamado al trono en Noviembre de 1853; acababa de cumplir veinte y cuatro años cuando dejó de existir por una muerte prematura y sensible: el 11 de Noviembre fué arrebatado del cariño de su familia y de sus súbditos, al respecto de todos aquellos que habían tenido el honor de conocerlo. Casado en 1858 con la princesa Estefanía de Hohenzollern, quedó viudo un año después. De este matrimonio no tuvieron hijos y por consiguiente el Rey D. Pedro ha tenido por sucesor legítimo al duque de Oporto su hermano, un año más joven que él, que acaba de ser proclamado bajo el nombre de Luis I.

La educación de los dos hermanos fué hecha simultáneamente, y bajo la vigilante dirección de sus padres, por el cho, pues no le interesaba el pasado, ni de lo que hacía, pues estaba seguro del presente.

Con respecto al porvenir, poco le ocupaba también, sin embargo, cuando pensaba por acaso en las probabilidades, de ella.

“Solo dejaré a Nicheta si llego a casarme, y si me caso, le procuraré una posición en que logre ser independiente para siempre.”

Amabábase, pues, sin cuidado alguno, tranquilamente con juventud, con confianza, con alegría.

En la afición de Nicheta por Gustavo había respeto y gratitud; había una dulce protección y una justa vanidad en el sentimiento que Daumont experimentaba por su querida. Decíase ella que había tenido mucha suerte en encontrar un carácter tan noble, y él no cesaba de repetir que se alegraba de haber encontrado para su corazón otro corazón todo sinceridad.

Gustavo había deseado que Edmundo encontrara una joven como Nicheta, y Edmundo lo deseaba también; pero se encuentran difícilmente, desde luego a lo menos, dos naturalezas tan francas

que tenía una gran pasión, pero tenía amigos discretos que tenían por él esa ocupación y sentían un verdadero placer cuando lo avisaban el descubrimiento de alguno de esos libros o manuscritos preciosos que la guerra, los sucesos políticos o la supresión de los conventos había llevado a las tiendas o librerías. Bajo este punto de vista Portugal es un país que debe ser visitado por todos los amantes de libros buenos. Ignoro la importancia numérica de la colección formada por el joven rey, pero he visto, he tenido, he hojeado algunos de los libros destinados a aumentar ese tesoro regio y puedo asegurar que si en Lisboa no se hace una publicación análoga a nuestra colección de documentos inéditos relativos a la historia nacional, habrá mucho que tomar entre las preocupaciones recogidas por el esmero y cuidados del rey D. Pedro V.

Los que lo han visto solamente en el viaje que hizo en 1855 después de la proclamación de su mayor edad, no podían hacerse sino, muy difícilmente, una idea de lo que había cambiado, del desarrollo que se había producido en su persona cuando la muerte vino a arrebatarlo. El último año tuvo el honor de verlo muchas veces en Lisboa (¡qué diferente lo hallaba a como lo había visto en París! Ya no era el adolescente que se ensayaba tímidamente para rey, era un bello hombre, joven, de hablar elegante, con maneras desenvueltas y afectuosas, con fisonomía expresiva, ligeramente irónica cuando hablaba de determinadas personas y animosa siempre que trataba de las cosas que le eran queridas, pero casi siempre con el sello de un carácter de profunda melancolía. Sin embargo al travez de toda su tristeza no ha notado que lo dominara la amargura; al contrario, parecía que los recuerdos de la felicidad de que había gozado los pocos meses que duró su matrimonio reinaban en su alma religiosa y resignada apesar de los tristes recuerdos de la reciente pérdida de su adorada esposa. Agradecía al Todo Poderoso los días de ventura que le había concedido: el sabía que la vida es solamente un legido de aflicciones, pero conocía que tenía una gran parte en el lote común de los dolores humanos y desconfiaba en cierto modo de su destino.

La primera audiencia que me concedió, no pudo tener lugar por la muerte del General Loureiro su ayudante de campo a quien quería de un modo especial y que fué sentido doblemente por el violento ataque de apoplejía fulminante que lo arrebató. Era muy natural que fuese de ese suceso de lo que me hablase primero, en seguida me dijo: parece que he gozado desgraciadamente a todos los que quiero, mi madre, mi hermano, mi tía la duquesa de Nemours, mi esposa querida; todos han desaparecido antes de la edad regular!

—¿Acaso Edmundo está enfermo? preguntó Nicheta con interés.

—No, respondió Gustavo, me refiero a una aventura que le ha sucedido esta mañana, y le he prometido hacerle comer carne asada para recordársela en caso de que la olvide.

—¿Me contarás esa aventura?

—Sí, mientras comamos.

—Sentémonos, pues; todo está aquí.

En efecto, al lado de los tres convidados había otra mesa cubierta de manjares, platos, botellas y de lo demás que es preciso tener a mano para no levantarse cuando se come o cuando no se tiene hambre.

—Venimos, dijo Nicheta cuando hubieron empezado a comer, cuéntame esa historia.

—Edmundo refirió exactamente su aventura con Antonina.

—¿Qué historia tan sentimental! dijo Nicheta.

—Sí, contestó Edmundo, pero ya estoy desanimado y no sé cómo arreglármelas para volver a ver a la heroína.

—Nada más fácil, dijo Nicheta; ya que puedes entrar en la casa, id a ella hasta que os encontréis con la joven.

—¿Y una famosa comida. Yo sola tendría con ella para ocho días.

—¿Has hecho lo que te encargué, preguntó Gustavo.

—¿Dos chuletas para Edmundo? sí.

—¿Por qué dos chuletas? preguntó Edmundo riendo.

—Porque estás condenado a comer asados. Ya ves como me acuerdo de la receta del médico que tú has olvidado ya.

